

IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2012.

La seducción freudiana: ¿realidad o fantasía?.

Sanfelippo, Luis César.

Cita:

Sanfelippo, Luis César (2012). *La seducción freudiana: ¿realidad o fantasía?. IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-072/898>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/emcu/cDH>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA SEDUCCIÓN FREUDIANA: ¿REALIDAD O FANTASÍA?

Sanfelippo, Luis César

UBACyT, Universidad de Buenos Aires

Resumen

En el presente texto se estudian en profundidad los artículos y las cartas en donde Freud delineó su Teoría de la Seducción, así como también las reconstrucciones posteriores que él mismo realizó sobre ella. El objetivo principal es el de analizar las distintas concepciones que dicho psicoanalista sostuvo respecto al problema de la realidad o la fantasía de los relatos de seducción. Las hipótesis principales que se intentan fundamentar son: 1. En los textos originales, realidad y fantasía no mantenían entre sí una relación de disyunción exclusiva (como sí terminará ocurriendo en algunas referencias posteriores a la misma). 2. La relativa importancia dada a los acontecimientos por sí mismos en la causación de la neurosis, aún cuando no concebía esas escenas como fantasías.

Palabras Clave

Seducción, Realidad, Fantasía, Relatos

Abstract

FREUDIAN SEDUCTION: FACT OR FANTASY?

In the present text, we will study the Freud's articles and letters where he built his Seduction Theory, and the later narratives about it written by him. Our main purpose is to analyze the Freud's different conceptions about the problem of the reality or the fantasy of the seduction narratives. Our main hypotheses are: 1. In the original texts, reality and fantasy do not exclude themselves. 2. The relative importance given by Freud to the real facts, even when he did not think the patient's narratives as fantasies.

Key Words

Seduction, Reality, Fantasy, Narratives

Durante 1896, Sigmund Freud esgrimió en tres artículos una hipótesis etiológica que supuso revolucionaría el terreno de las neurosis. Según ella, sólo podrían desarrollar una neurosis en la adultez aquellas personas que en su infancia habrían atravesado una vivencia sexual de abuso devenida traumática. A partir de esta idea, el médico vienés creía poder ubicar un factor predisponente distinto a la herencia y, de esa manera, cuestionar el lugar preponderante de ésta última en la explicación de la causa de dichas patologías. Pero la confianza y la esperanza depositada en esa teoría traumática se habrían agotado poco tiempo después, tal como lo demostrarían sucesivas referencias del mismo Freud al asunto a partir de 1906.

Durante años, esos artículos más las reconstrucciones freudianas posteriores constituyeron el único material disponible sobre ese período temprano de la obra freudiana, que no parecía ser un

momento susceptible de despertar mayor interés. Varias décadas después, esta situación fue modificada en tres oportunidades. En primer lugar, en la década del '50 del siglo pasado con la publicación fragmentaria de las cartas enviadas por Freud a Wilhelm Fliess. En ellas se podía leer el entusiasmo inicial de Freud por su descubrimiento, las vacilaciones posteriores y el abandono final de su teoría. Además, contaba con una introducción de E. Kriss, que interpretó ese abandono a partir del descubrimiento del papel de las fantasías en las neurosis y que otorgó a las hipótesis de 1896 su nombre más conocido: *Teoría de la Seducción*.

En segundo lugar, por el lanzamiento del best-seller *El asalto a la verdad* (Masson, 1984). Escrito por quien hasta entonces había sido responsable del archivo Freud, ese libro rechazaba la posibilidad de que esas escenas sexuales infantiles fueran fantasías y explicaba el abandono de la *Seducción* a partir del temor que Freud habría tenido de ser rechazado por sus colegas, dado el carácter intolerable del abuso infantil para esa sociedad victoriana. Algunos psicoanalistas respondieron a esta crítica argumentando la inverosimilitud de la cobardía freudiana, pues sus ideas sobre sexualidad infantil habrían sido tanto o más revulsivas para los médicos que el abuso.

Los bandos enfrentados en el debate parecían posicionarse en dos polos opuestos que supondrían dos concepciones distintas de la verdad. Para algunos, ésta sólo puede ser pensada como correspondencia entre unos dichos y un elemento perteneciente al mundo exterior. En ese caso, o bien los relatos eran "verdaderos", porque remitían a un hecho efectivamente acontecido más allá de las particularidades de quien lo relata; o bien, eran "falsos", porque no se correspondían con una vivencia, sino con fantasías. Otros parecen sostener una concepción de la verdad diferente, pues suponen que la correspondencia del testimonio relatado con una fantasía no vuelve falso al relato sino que introduce una *verdad subjetiva*. Sin embargo, no son pocos quienes en este último grupo llegaron a considerar que *todos* los relatos de los pacientes de Freud de 1896 eran *íntegramente fantasías*, sin referencia alguna a un hecho efectivamente acontecido. A causa de esto, la distancia supuesta entre esos grupos debe ser reducida, pues ambos supondrían una separación tajante entre los relatos de fantasías (que no remitirían a un suceso) y las narraciones de hechos (que no estarían alterados por las fantasías).

Este estado de situación se vio modificado por tercera vez hacia fin de siglo. Entonces, una serie de trabajos historiográficos anglosajones, condujeron el problema un paso más atrás, al interrogar el carácter real o fantasioso ya no de los hechos relatados sino de las mismas narraciones que Freud atribuía a sus pacientes. Dichos trabajos procuraban resaltar que Freud carecía de integridad como teórico[i] (Israels y Schatzman, 1993), que ha sido deshonesto (Esterson, 1993), que nunca dio evidencia sobre los casos

de seducción (Triplet, 2004). También intentaban mostrar que las supuestas narraciones de los pacientes o bien no existieron pues fueron, más bien, interpretaciones o reconstrucciones realizadas por Freud (Schimek, 1987; Esterson, 2001), o bien existieron pero como efecto del carácter sugestivo del procedimiento que Freud llevaba a cabo entonces (Borch-Jacobsen, 1996)

Pero si todo el asunto queda reducido a determinar la existencia y la naturaleza de las narraciones que Freud atribuía a sus pacientes, se correría el riesgo de duplicar el problema que se intentaba superar. Si antes la cuestión giraba en torno a la correspondencia (o ausencia de ella) entre los dichos de los pacientes y unas experiencias de abuso, ahora el asunto parece haberse desplazado sin modificaciones a la correspondencia (o ausencia de ella) entre los dichos de Freud sobre los relatos de sus pacientes y lo que éstos habrían efectivamente enunciado.

Ahora bien, ninguno de estos trabajos termina de iluminar las distintas posturas que el mismo Freud sostuvo respecto del problema de la realidad y la fantasía en los relatos de seducción. En el presente artículo, intentaremos mostrar, por un lado, que el creador del psicoanálisis modificó en varias oportunidades su posición al respecto, dependiendo del problema que le interesaba abordar en cada momento, y por otro lado, que cuanto más nos acercamos a los textos de 1896, más se desdibuja la oposición tajante entre fantasía y realidad.

Realidad y fantasía en la teoría de la seducción.

La versión más extendida del derrotero de las hipótesis freudianas presentadas en 1896 sostiene que el médico vienés habría creído primero en el poder causal de unas vivencias de abuso sexual infantil traumáticas para descubrir, más tarde, que esas escenas no tendrían existencia real: serían tan sólo el enunciado de fantasías inconcientes. En esta versión historiográfica se encuentra resumido el problema que plantéabamos en la introducción: las oposiciones tajantes entre realidad y fantasía, entre mundo externo e interno, entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo verdadero y lo falso. ¿Acaso Freud habría excluido tan firmemente cada uno de estos pares?

Las últimas referencias freudianas al respecto van en esa dirección. Por ejemplo:

“En la época en que el principal interés se dirigía al descubrimiento de traumas sexuales infantiles, casi todas mis pacientes mujeres me referían que habían sido seducidas por su padre. Al fin tuve que llegar a la intelección de que esos informes eran **falsos**, y así comprendí que los síntomas histéricos **derivan de fantasías, no de episodios reales**. Sólo más tarde pude discernir en esta fantasía de seducción por el padre la expresión del complejo de Edipo típico en la mujer.” (Freud, 1933. Pp. 111-112[ii])

En el momento en que Freud procuraba referirse a la sexualidad femenina a la luz del Complejo de Edipo como matriz fundamental de la subjetivación (y de la teoría freudiana de entonces), el psicoanalista negó que los relatos de seducción remitieran a hechos acontecidos para afirmar que eran *falsos*, pues derivaban de fantasías cuya única realidad serían los deseos incestuosos. Sin embargo, esta oposición se vio complejizada al plantear que en “la prehistoria preedípica (...) la seductora es por lo general la madre” (Freud, 1933. P. 112), pero que en ese caso la fantasía tocaría la realidad, porque la madre provocaría sensaciones en los genitales a

causa del cuidado corporal. Si estas fantasías se acercan a la realidad, las otras, las de seducción por el padre, serían completamente opuestas a los episodios reales. Tenemos entonces tres opciones: las fantasías “falsas” (que sólo derivan del Edipo), las fantasías que remiten desfiguradamente a hechos acontecidos y los relatos de recuerdos de vivencias.

En la versión que Freud da en 1925, se incluye otra posibilidad: ¿acaso él pudo haber sugerido la existencia de esas escenas a sus pacientes antes de que estos las relataran? Si bien el psicoanalista parece concebir esa posibilidad, rápidamente la descarta y vuelve a instaurar un esquema donde realidad y fantasía se oponen, y donde éstas serían un producto del Edipo:

“Debo mencionar un error en que caí durante un tiempo y que pronto se habría vuelto funesto para toda mi labor. **Bajo el esforzar a que los sometía** mi procedimiento técnico de aquella época, la mayoría de mis pacientes reproducían escenas de su infancia cuyo contenido era la seducción sexual por un adulto. En las mujeres, el papel del seductor se atribuía casi siempre al padre. Di crédito a estas comunicaciones y supuse, en consecuencia, que en esas vivencias de seducción sexual durante la infancia había descubierto las fuentes de las neurosis posteriores (...) Cuando después hube de discernir que esas **escenas de seducción no habían ocurrido nunca y eran sólo fantasías** urdidas por mis pacientes, que quizá yo mismo les había instilado, quedé desconcertado un tiempo (...) Cuando me sosegué, extraje de mi experiencia las conclusiones correctas, a saber, que los síntomas neuróticos no se anudaban de manera directa a **vivencias efectivamente reales, sino a fantasías de deseo, y que para la neurosis valía más la realidad psíquica que la material**. Tampoco creo hoy que yo instilara, «sugiriera», a mis pacientes aquellas fantasías de seducción. En ellas me topé por vez primera con el complejo de Edipo, destinado a cobrar más tarde una significación tan eminente (...) Por lo demás, **la seducción en la infancia conserva su parte en la etiología**, aunque en escala más modesta” (Freud, 1925. Pp. 32-33.)

La realidad psíquica queda aquí en completa oposición a la realidad material, y pareciera que, respecto de los relatos de los análisis, habría que diferenciar bien las vivencias (que no tendrían ningún componente de fantasía) y las fantasías (que no remitirían nunca a hechos acontecidos). No obstante, hay un dato más a subrayar. Freud no niega aquí que la seducción en la infancia también podría existir como hecho acontecido y tener valor etiológico. Por ende, su supuesto pasaje completo y extremo de la realidad de los relatos a su carácter totalmente fantástico podría empezar a ser matizado.

En 1924, con motivo de la reedición de los textos de 1896, Freud agregó unas notas al pie que van en la misma dirección de admitir la posibilidad de que se traten de fantasías, sin negar la posibilidad de que las vivencias hayan existido y tengan importancia en la etiología. Por ejemplo:

“Un error que después he admitido y rectificado repetidas veces. Por aquel tiempo yo aún no sabía distinguir entre las fantasías de los analizados acerca de su infancia y unos recuerdos reales. A consecuencia de ello, **atribuí al factor etiológico de la seducción una sustantividad y una validez universal que no posee**. Superado este error, se abrió el panorama de las exteriorizaciones de la sexualidad infantil (...) Sin embargo, no todo lo contenido en este texto es desestimable; **la seducción conserva cierta significatividad para la etiología**” (Freud, 1896 b. P. 169.).

Nótese que en este texto, más que en otros, se subraya que el error no habría sido considerar reales los relatos de seducción sino elevar a ésta al nivel de causa de todos los casos de neurosis de defensa. La cuestión de la realidad o fantasía queda desplazada al problema de la pretensión de universalidad de un único factor etiológico.

Si nos retrotraemos a unos años antes, podemos observar una versión parcialmente distinta a las de la década del '20 y cercana a la de 1933. Se trata del primer momento en que Freud afirma que *todos* esos relatos eran fantasías, y establece la interpretación de los mismos a partir de una sucesión excluyente: antes consideraba que eran hechos reales, verdaderos; luego, que no lo eran:

“Tendía con facilidad a **juzar reales y de pertinencia etiológica** los informes de pacientes que hacían remontar sus síntomas a vivencias sexuales pasivas de sus primeros años infantiles, vale decir, dicho groseramente, a una seducción. Cuando esta teoría se desbarató por su propia inverosimilitud y por contradecirla circunstancias establecidas con certeza, el resultado inmediato fue un período de desconcierto total. El análisis había llevado por un camino correcto hasta esos traumas sexuales infantiles, y hete aquí que **no eran verdaderos**. Era **perder el apoyo de la realidad** (...) Y por fin atiné a reflexionar (...) Si los histéricos reconducen sus síntomas a traumas inventados, he ahí precisamente el hecho nuevo, a saber, que **ellos fantasean esas escenas, y la realidad psíquica pide ser apreciada junto a la realidad práctica**. Pronto siguió la intelección de que esas fantasías estaban destinadas a **encubrir, a embellecer** y a promover a una etapa más elevada **el ejercicio autoerótico** de los primeros años de la infancia.” (Freud, 1914. P. 16-17)

No obstante, un análisis más detallado de estas ideas permite observar la concepción de que las fantasías remiten a hechos verdaderamente acontecidos: ya no, unas vivencias de seducción, pero sí un ejercicio autoerótico considerado *real*, respecto del cual las fantasías serían, al mismo tiempo, deformaciones que lo encubren y un signo de su existencia. En el momento en que Freud discutía con Jung, le interesó subrayar que las fantasías no dependerían de arquetipos universales sino que se apoyarían en una sexualidad que realmente habría tenido lugar en la infancia. Por ello, debería matizarse más la oposición tajante entre la realidad y el fantaseo.

Como adelantábamos en la introducción, cuanto más nos acercamos a los textos de 1896, más se desdibuja la disyunción excluyente entre ambos polos. La versión de los hechos brindada en 1906 presenta notables diferencias con las anteriormente comentadas:

“El material todavía limitado de entonces me había aportado, por **azar**, un número desproporcionadamente grande de casos en que la seducción por adultos u otros niños mayores desempeñaba el papel principal en la historia infantil. Sobreestimé la **frecuencia** de estos sucesos (los cuales, por otra parte, **no pueden ponerse en duda**), tanto más cuanto que a la sazón yo **no sabía distinguir** con certeza entre los espejismos mnémicos de los histéricos acerca de su infancia y las huellas de los hechos reales; desde entonces he aprendido, en cambio, a resolver muchas **fantasías** de seducción considerándolas como unos intentos por defenderse del recuerdo de la propia práctica sexual (masturbación infantil).” (Freud, 1906. Pp. 265-266)

En este caso, no se expresa que la interpretación de los relatos haya dado un giro completo entre la opción de que todos sean vivencias

a la opción de que todos sean fantasías. Freud concibe aquí ambas posibilidades. Sólo que “el azar” habría conducido a su consultorio un número tan grande que lo habría movido a “sobreestimar la frecuencia”. Es cierto, la argumentación no cierra: en los textos de 1896 se habla nada más que de 13 o 18 casos. No obstante, ese número acotado no lo llevó a suponer una frecuencia elevada. Más bien, planteó una cosa muy distinta que es el carácter universal de la seducción en todos los casos de neuropsicosis. Esta universalidad no se derivaba de la cantidad de casos sino de las premisas de partida: esas vivencias eran la pieza faltante de un rompecabezas etiológico que Freud procuraba resolver a fines del siglo XIX.

Por otro lado, nos interesa subrayar que en este párrafo Freud admite públicamente por primera vez la dificultad para distinguir los relatos que remiten a hechos reales y los que no y, por ende, reconoce la posibilidad de que los mismos fueran fantasías. Decir que es posible que lo fueran, no implica que todos lo sean (como afirmará en 1914 y en 1933); pero sí significa admitir que algunos de esos fragmentos de análisis no remitían a unas vivencias de seducción sino que servían para enmascarar a la masturbación infantil[iii]. Nuevamente, la fantasía aparece entendida como un texto que, si bien no remite a lo que su contenido explícitamente afirmaría (un abuso sexual infantil efectivamente acontecido), sí denota *desfiguradamente* otro episodio *real* (el quehacer autoerótico del niño). La fantasía no sería un texto falso sino un texto a *interpretar*.

En la famosa carta de abandono de su Neurótica (21/07/97), Freud esgrime el argumento que luego publicará en 1906. “En lo inconsciente no existe un signo de realidad, de suerte que no puede distinguirse la verdad de la ficción investida de afecto.” (Freud, 1985. P. 284) Lo cual no significaría que las fantasías estuvieran en completa disyunción con la realidad o que no pudieran contener, como diría Freud muchos años después, un fragmento de verdad histórica desfigurado. En una carta anterior, fechada el 02 de mayo de 1897, decía: “Las fantasías provienen de algo oído, comprendido supletoriamente [con posterioridad], y desde luego son genuinas en todo su material. Son edificios protectores, sublimaciones de los hechos, embellecimientos de ellos” (Freud, 1985. P. 254) y no textos que se oponen a los hechos. Serían ficciones que “combinan lo vivenciado y lo oído, lo pasado (de la historia de los padres y antepasados) con lo visto por uno mismo” (Freud, 1985. P. 256. Manuscrito L). Como podrá apreciarse en trabajos muy posteriores, tales como el Historial del Hombre de los Lobos o su ensayo sobre Moisés y el Monoteísmo, Freud nunca renunciará totalmente a la idea de que las fantasías tendrían su origen en algo acontecido (sea en la vida de la persona, sea en la de sus antepasados - incluso los más lejanos de ellos - y transmitido filogenéticamente) y, por ende, serían un modo de ocultar pero, al mismo tiempo, de mostrar y de recordar lo vivido.

Es en esta línea que puede ser incluido en este texto un fragmento de la Conferencia 23 (Freud, 1917.), que si bien no constituye una relectura de la teoría de 1896, realiza excelentes precisiones sobre el modo en que veinte años después sigue concibiendo la articulación en las neurosis entre realidad y fantasía: “Particular interés presenta la fantasía de la seducción, aunque sólo sea porque a menudo no es una fantasía, sino un recuerdo real. Pero, afortunadamente, no lo es con tanta frecuencia como lo sugerirían a primera vista los resultados del análisis” (Freud, 1917. P. 337) Hasta aquí, aparece Freud admitiendo la posibilidad de que los relatos en adultos sobre seducciones en la infancia remitan tanto a episodios reales como a fantasías. El fragmento que sigue, reviste aún mayor

interés por el grado de relativización que opera sobre la distinción supuesta entre ambos polos:

“No se tiene otra impresión sino que tales hechos de la infancia son de alguna manera necesarios, pertenecen al patrimonio indispensable de la neurosis. Si están contenidos en la realidad, muy bien; si ella no los ha concedido, se los establece a partir de indicios y se los completa mediante la fantasía. El resultado es el mismo, y hasta hoy no hemos logrado registrar diferencia alguna, en cuanto a las consecuencias de esos sucesos infantiles, por el hecho de que en ellos corresponde mayor participación a la fantasía o a la realidad (...) ¿De dónde vienen la necesidad de crear tales fantasías y el material con que se construyen? No cabe duda de que su fuente está en las pulsiones (...) Opino que estas *fantasías primordiales* (...) son un patrimonio filogenético (...) Me parece muy posible que todo lo que hoy nos es contado en el análisis como fantasía (...) fue una vez realidad en los tiempos originarios de la familia humana, y que el niño fantaseador no ha hecho más que llenar las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica.” (Freud, 1917. P. 337-338)

Realidad o fantasía... según Freud, respecto de su función en la neurosis resultante, no existiría diferencia alguna. Además, la fantasía vuelve a tocarse con lo efectivamente acontecido a través de la hipótesis de una memoria y una transmisión filogenética. Como hemos dicho, aquí también la fantasía sería un modo de encubrir y de conservar el recuerdo de un episodio real[iv].

Razones de una existencia necesaria, razones de una importancia relativa.

Pero si la distinción entre fantasía y realidad pudiera ser relativizada tan absolutamente, ¿por qué en 1896 Freud defendió con tanto ahínco la idea de que esos relatos se corresponden con hechos efectivamente acontecidos? Para responder a esta pregunta, debemos analizar el problema de la realidad y la fantasía de los relatos en las publicaciones de 1896.

En “La herencia y la etiología de las neurosis”, Freud introduce la siguiente pregunta: “¿Cómo quedar convencido de la realidad de esas confesiones de análisis que pretenden ser recuerdos conservados desde la primera infancia?” (Freud, 1896 a. P. 152) Tras ella, Freud explicita que los pacientes nunca relatan las historias espontáneamente. Sería “la presión del procedimiento analizador” la que logra vencer la “resistencia” y permite que aparezcan las escenas, aunque “fragmento por fragmento”, tras lo cual los enfermos caerían en una “emoción difícil de falsificar” (Freud, 1896 a. P. 152). Convengamos que estas precisiones no parecen ayudar a Freud en su intento de justificar el carácter real de las escenas relatadas. Sobre ellas se apoyan algunas de las interpretaciones de los historiadores que conciben las escenas como reconstrucciones analíticas o sugerencias sin correspondencia ni con los hechos vividos ni con los dichos de los pacientes. Sin embargo, Freud cree encontrar en la resistencia de los pacientes a admitirlas una prueba de que esos recuerdos remiten a vivencias (de lo contrario, no provocarían tal rechazo). Además, agrega dos argumentos más. En primer lugar, una justificación terapéutica: “el efecto terapéutico del análisis se demora si uno no ha penetrado tan lejos” (Freud, 1896 a. P. 153), es decir, si no se accede a ese recuerdo. Este argumento se sustenta en el supuesto de que Freud habría logrado curas completas en 13 o en 18 casos de neurosis. Pero la explicación se debilita cuando puede observarse en las cartas el reconocimiento de que no pudo

acabar ningún caso a fines de 1896 (Freud, 1985. P. 230) o hace mención en septiembre de 1897 a las “continuas desilusiones en los intentos de llevar un análisis a su efectiva conclusión, la falta del éxito pleno con el que había contado” (Freud, 1985. P. 284) En segundo lugar, sostiene que los “síntomas” y otros “rasgos particulares” del caso sólo podrían explicarse por la existencia de la vivencia. En este sentido, las seducciones aparecerían como una necesidad de “la estructura intrínseca de la neurosis” (Freud, 1896 a. P. 153). Pero esto también podría ser interpretado como la necesidad de Freud de completar, al mismo tiempo, el análisis de cada uno de sus casos y la teoría general de la neurosis que estaba diseñando. Esas vivencias le darían, entonces, la pieza faltante de su propio rompecabezas.

En “La etiología de la histeria” se repiten, con más extensión, estos mismos argumentos. Afirma que el médico puede reconstruir desde los síntomas “la historia genética de la enfermedad” (Freud, 1896 c. P. 192). A su vez, sólo si se llega a las causas de la neurosis se podrían eliminar los síntomas. Nuevamente, la existencia de las seducciones pretende ser justificada a partir de que sólo ellas permitirían la solución (lógica y terapéutica) de un caso. También se refiere al comportamiento de los enfermos tras la emergencia de la idea de seducción:

“Antes de la aplicación del análisis, los enfermos nada saben de estas escenas (...) y sólo en virtud de la más intensa compulsión del tratamiento pueden ser embarcados en su reproducción, padecen las más violentas sensaciones, que los avergüenzan y procuran ocultar, mientras evocan a la conciencia estas vivencias infantiles, y aún después que tornaron a recorrerlas de tan convincente modo intentan denegarles creencia, insistiendo en que respecto de ellas no les sobrevino un sentimiento mnémico.” (Freud, 1896 c. P. 203).

Para Freud, esta conducta, lejos de poner en cuestión la verosimilitud del carácter real de las escenas, es “probatoria”, pues la considera “inconciliable con el supuesto de que las escenas serían algo diverso de una realidad que se siente penosa y se recuerda muy a disgusto” (Freud, 1896 c. P. 203) De esta manera, pretende desarmar dos posibles objeciones a su tesis: “que el médico instalara estas escenas como un presunto recuerdo al enfermo complaciente, o que el enfermo le presentara unas deliberadas invenciones y unas fantasías libres” (Freud, 1896 c. P. 203).

Ni sugerencias médicas, ni fantasías del enfermo: vivencias reales... Quizás los argumentos sean endeble, como el abandono posterior lo permitiría comprobar. Pero, ¿por qué insistía tanto en defenderlos? Su énfasis se debe al hecho de que sólo si esas vivencias traumáticas tuvieron existencia, sería posible responder al interrogante etiológico fundamental: ¿por qué, ante idénticas circunstancias en la adultez, sólo algunas personas reprimen y caen en la neurosis, y otras pueden permanecer sanas? Si, en cambio, los relatos de los pacientes no remitieran a acontecimientos vividos, entonces el problema se desplazaría un paso más atrás: ¿por qué algunos fantasean seducciones y otros no? Y así, hasta el infinito... O hasta, la herencia, que volvería a tomar fuerza explicativa. En este punto, es claro que el interés de Freud no pasaba por denunciar el abuso sexual infantil (que, ciertamente, era conocido por pediatras y médicos ocupados en las perversiones); más bien, necesitaba de la existencia del abuso para fundamentar su teoría etiológica.

Pero si esta es la razón de la necesidad de defender su existencia real, hasta aquí también llega su interés por el acontecimiento

en sí mismo. Todo el armazón freudiano de 1896 para explicar la neurosis supone establecer una distancia muy marcada entre el hecho y los síntomas. Entre ellos, pueden pasar años. Incluso puede ocurrir que la enfermedad nunca se desarrolle y que sólo quede una predisposición. Además, para entender la concepción freudiana de trauma de aquél entonces, es necesario considerar una serie extensa de elementos que se interponen entre el evento y la patología: tras el suceso infantil, quedaría una huella psíquica; luego sobrevendría la pubertad; tras ella una representación y/o un aumento de excitación actual, que despierta el recuerdo de la huella; sólo entonces (es decir, retroactivamente), ésta deviene traumática; en ese momento, se daría la represión y, finalmente, el retorno sintomático de lo reprimido.

Por todo esto, podría pensarse que Freud no precisó sostener una separación tajante entre las fantasías y la realidad para cuestionar el valor absoluto de las vivencias en la causación de los síntomas. Como afirma Schimek, “los procesos y las transformaciones psíquicas internas ya jugaban un rol central en la teoría de la seducción. Por ende, el cambio de énfasis que Freud realizó posteriormente, desde la reproducción de eventos reales a las fantasías (las cuales contienen al menos fragmentos de experiencias pasadas reales), no representa un cambio radical en la continuidad de su pensamiento” (Schimek, 1987. P. 939).

Notas

[i] Unas líneas de la introducción de este artículo ejemplifican bien que muchas de estas historias han sido escritas *contra* el psicoanálisis: al referirse a un texto anterior de Schimek, plantean que ella no explicitó que sus argumentos “sugieren dudas sobre la integridad de Freud como teórico. En este artículo nosotros trataremos de hacer lo que Schimek no hizo” (Israëls y Schatzman, 1993. P. 23) Por intentar alejarse de las historias complacientes de la figura de Freud, parecen ubicarse en el extremo opuesto, compartiendo, sin embargo, los mismos modos de llevar a cabo la tarea historiográfica.

[ii] En adelante, para el caso de los destacados en citas textuales, las cursivas figuran en el original y las negritas son nuestras.

[iii] Disentimos en este punto con Triplett, quien afirma que en este texto “Freud claramente evitó afirmar que sus pacientes de 1896 lo engañasen a él con historias ficcionales” y que él recién “daría ese paso en su siguiente revisión en 1914” (Triplett, 2004. P. 657). Nuestro disentimiento es doble. Primero, porque Freud nunca dijo que “lo engañasen” sus pacientes; en todo caso, que *se* engañaba con los relatos de ellos y con su propia teoría. Segundo, porque en 1906 ya introducía la posibilidad de que fueran fantasías, aunque no fuera en todos los casos.

[iv] La fantasía sería, además, un modo de tramitar el quantum pulsional. Éste actuaría como fuente de la actividad fantaseadora. Obligaría al psiquismo a responder con tramas representacionales forjadas en la vida de cada quien o recibidas de las generaciones anteriores. La forma de la fantasía sería, para Freud, susceptible de ser transmitida (y recibida) vía la filogénesis; con ellas, el hombre intentaría domeñar lo que en las pulsiones escapa al campo representacional

Bibliografía

Borch-Jacobsen, M. (1996). Neurotica: Freud and the Seduction Theory. October, 76, 15-42.
Esterson, A. (1993). Seductive mirage. An exploration of the Work of Sigmund Freud. Illinois: Open Court.
Esterson, A. (2001). The mythologizing of psychoanalytic History: deception and self-deception in Freud's accounts of the seduction theory episode. History of Psychiatry, XII, 329-352.
Freud, S. (1896a). La herencia y la etiología de las neurosis. En Freud, S. (1986), Obras completas. Tomo III (pp. 139-156). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1896b). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En Freud, S. (1986), Obras completas. Tomo III (pp. 157-184). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1896c). La etiología de la histeria. En Freud, S. (1986), Obras completas. Tomo III (pp. 185-218). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1906). Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. En Freud, S. (1986), Obras Completas. Tomo VII (pp. 259-272). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1914). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En Freud, S. (1986), Obras Completas. Tomo XIV (pp. 1-64). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1917). 23° Conferencia de introducción al psicoanálisis. Los caminos de la formación de síntomas. En Freud, S. (1986), Obras Completas. Tomo XVI (pp. 326-343). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1925). Presentación autobiográfica. En Freud, S. (1986). Obras Completas. Tomo XX (pp. 1-70). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1933). 33° Nueva conferencias de introducción al psicoanálisis. La feminidad. En Freud, S. (1986), Obras Completas. Tomo XXII (pp. 104-125). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1985). Cartas a W. Fliess. Buenos Aires: Amorrortu. 2008.

Israel, H. & Schatzman, M. (1993). The seduction theory. History of Psychiatry, 4, 23-59.

Masson, J. (1984). The assault of truth.

Schimek, J. (1987). Fact and Fantasy in the Seduction Theory: A Historical Review. Journal of the American Psychoanalytic Association, 1987, 35, 4, 937-965

Triplett, H. (2004). The Misnomer of Freud's "Seduction Theory". Journal of the History of Ideas, 65, 4, 647-655